

Por JAVIER CHIABRANDO

Reír  
para vivir

Página 2

Por NICOLÁS MAVRAKIS

Las verdades según  
Groucho Marx

Página 3



Por JUAN PABLO BERTAZZA

La risa del  
soldado Švejk

Página 4

télam  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

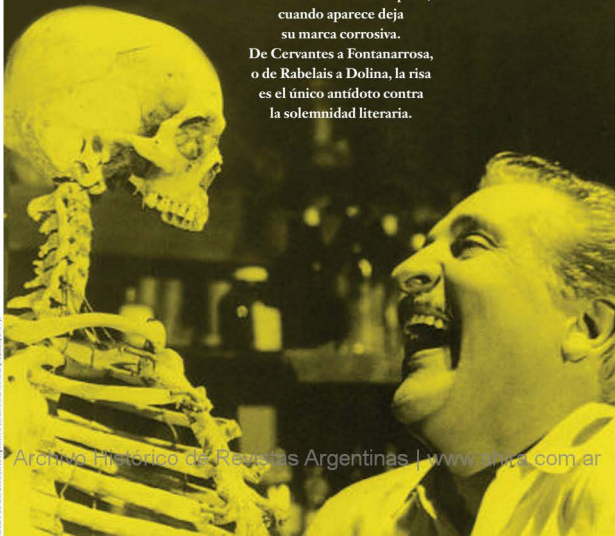
SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 301 | JUEVES 7 DE SEPTIEMBRE DE 2017

# Cómicos de la lengua

El humor nunca es cómplice,  
cuando aparece deja  
su marca corrosiva.

De Cervantes a Fontanarrosa,  
o de Rabelais a Dolina, la risa  
es el único antídoto contra  
la solemnidad literaria.



El escritor y guionista francés Emmanuel Carrère (1957) obtuvo el premio FIL de Literatura en Lenguas Romances de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara porque atraviesa "distintos territorios creativos, con una aparente naturalidad que le ha llevado a erigirse en uno de los autores más leídos e influyentes entre las nuevas generaciones", sostuvo el jurado. El jurado estuvo

integrado por Mercedes Momany, Jerónimo Pizarro, Valerie Miles, Elrain Kristal, Héctor Abad Faciolince, Carmen Musat y Gustavo Guerrero, quienes eligieron al parisino, que además es periodista, guionista, cineasta y crítico. El premio, que se le entregará el 25 de noviembre en la inauguración de la 31 edición de la FIL, está dotado de us\$ 150.000.

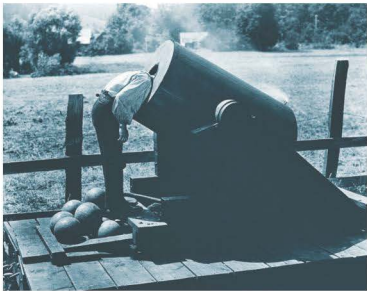


## Reír para vivir



→ JAVIER CHABRANDO

“Los libros ligados al éxito y al reconocimiento masivo suelen estar lejos del humor”, afirma el autor de esta nota, y tras lo cual desanda el camino de las mayores obras humorísticas claves de la literatura desde Cervantes a nuestros días.



Cosa extraña la del humor en la literatura. Goza de admiradores y lectores a granel, pero sin embargo los libros ligados al éxito y al reconocimiento masivo suelen estar lejos del humor y son más bien los que tratan la tragedia, la épica, el dolor y los miedos. Como ejemplo, se puede agregar que no hay ningún concurso relevante relacionado con la literatura humorística.

Claro que decir humor es decir muchas cosas a la vez, y habría que pensar primero si nos referimos al que apunta a la carcajada, como con Fontanarrosa, o que se conforma con la ironía y la parodia, es decir la que uno podría encontrar desperdigada en obras de Borges, Macedonio, Saramago, etc. Buscando antecedentes, vemos que el humorismo literario nació en la mano de notables entre nosotros: Cortázar, Sábido, Sienza, Rabelais, Swift, Quevedo. A pesar de eso, no ha dejado de ser considerado un subgénero muchas veces ligado al ingenio simplón, el chiste, y relegado al rincón de las cosas que se leen para descansar de las lecturas serias.

Esta polémica, si lo es, tiene larga data. Aristóteles había planteado que, en sus orígenes, la comedia, a diferencia de la tragedia, es una obra tomada en serio. Y que se empezara a valorar a los poetas cómicos cuando la tragedia ya tenía forma definitiva. La comedia nace como un opuesto a la tragedia, que era referida a héroes, dioses, poder y gloria, y finales trágicos. En cambio, la comedia se ocupaba de la gente común y con finales felices, de ahí que se le atribuyera gran capacidad de catarsis, algo así como que la risa cura.

En la conferencia “Sobre el humor y la ironía”, Alfredo Bryce Echenique, escritor con gran sentido del humor, cita *Los testamentos trancionados* de Milan Kundera.

Allí Kundera cita a su vez Octavio Paz: “Ni Homero ni Virgilio conocieron el humor. Aristóteles parece exceptuarlo, pero el humor no tiene forma definida, es un

El humor es la gran invención del espíritu moderno”. Agrega Kundera: “el humor no es práctica inmemorial del hombre; es una invención unida al nacimiento de la novela, a Cervantes y a Rabelais (...) El humor, el rayo divino que descubre el mundo en su ambigüedad moral y al hombre en su profunda incompetencia para juzgar a los demás, el humor: la embriaguez de la relatividad de las cosas humanas, el extraño placer que proviene de la certeza de que no hay certeza”.

### Ir a las fuentes

Vayamos entonces a las fuentes de ese espíritu moderno del que hablaba Octavio Paz. Qué mejor que comenzar con *El Quijote*. El humor de Cervantes es una innovación estilística además de un vehículo ideológico desde el cual se busca definir una forma de decir lo que de otra forma no, como por ejemplo la escena donde Sancho reclama el sueldo atrasado que le debe su amo: “Si yo mal no recuerdo (...) debe de haber más de veinte años tres días más o menos”. Sancho era un explotado

más, de los tantos de la época. El final de la cita es: “Diose don Quijote una palmada en la frente, y comenzó a reír muy de gana”, reír para no llorar.

### Los gigantes de Rabelais

También Rabelais, nombre fundamental en la construcción del francés moderno, usa el humor en *Gargantúa y Pantagruel* para decir lo que de otra forma le hubiera costado la vida. Precavido como pocos, además de usar el humor, editó el libro con seudónimo. Es que Rabelais era incorregible y era época de una hoguera por equinaria. Rabelais hace nacer a Gargantúa por la oreja de su madre, luego de once meses de gestación. Y todo porque su madre había comido tripas grasientas y su vulva se había cerrado luego de unas necesarias lavativas. Gargantúa llegó al mundo a través

“Quiero beber”. Reír para vivir.

Pero no todo es reírse, caramba, que grandes polémicas filosóficas se dirimieron desde el humor literario, como cuando Voltaire parodió a Leibniz y a su imbatible optimismo (“todo sucede para bien en éste, el mejor de los mundos posibles”), y escribió *Candide*, donde se relatan una serie de aventuras, entre ellas el terremoto de 1755 que casi acaba con la ciudad de Lisboa, y que refutaron con humor, pero imparablemente, la idea de que, según Leibniz, “indubablemente Dios siempre elige lo mejor”. Reír para reñar.

A la larga, el humor literario se volvió también materia de estudio. No han sido pocos los que han abordado el tema, desde Mijail Bajtin, que analiza cómo Rabelais en *Gargantúa y Pantagruel* violenta el orden, hasta Pirandello, en su estudio “El humorismo”, de 1908. Reír para entender.

### Humor latinoamericano

¿Y por casa cómo andamos? De Macedonio a Fontanarrosa, pasando por Marechal, Casciari, Laísca, Dalmiro Sienza, se podría decir que humor no es lo que nos falta. Eso no parece ser lo que entienda Cortázar, que en una entrevista poco antes de su muerte dijo: “En América latina, el escritor que se define como escritor, que tiene la ambición de ser escritor, es un tipo que automáticamente se pone muy serio. Y aparece una literatura de la seriedad (...) Les reprocho a los latinoamericanos, en general, y a los argentinos, en especial, una considerable falta de humor”.

Por mucho que lo admiremos, nos descartemos que Cortázar haya estado equivocado. O que fuera capaz de utilizar el humor pero no tanto de verlo en los otros. Basta una rápida mirada para encontrar autores, o textos, que ajustan al humor como catarsis del mundo. Cortázar, Sábido, Sienza, Rabelais, Swift, Quevedo. A pesar de eso, no ha dejado de ser considerado un subgénero muchas veces ligado al ingenio simplón, el chiste, y relegado al rincón de las cosas que se leen para descansar de las lecturas serias.

Con la co-producción del ministerio de Cultura de la Nación, se abrirá hoy en Mendoza la exposición conocida como *Los Angeles de Charly*, compuesta por más de 200 fotos donde se retrata momentos claves en la vida a Charly García, uno de los más célebres músicos de rock argentinos. La exposición, que podrá visitarse hasta el 22 de setiembre, se inauguró el 14 de julio pasado en

el Palais de Glace, donde asistió mucho público vinculado no sólo al rock nacional, sino a la fotografía. Desde entonces la muestra tenía prevista recorrer distintas ciudades de Argentina, empezando por el Espacio Julio Le Parc, en la periferia de la capital mendocina. *Los Angeles de Charly* forma parte de los festejos de los 50 años de rock argentino que lleva adelante el Ministerio de Cultura



# Las verdades según Groucho Marx



→ NICÓLAS MAVRAKIS

A 40 años de la muerte del humorista y comediante Julius Henry Marx (agosto de 1977), el autor de esta nota retoma su legado y lo retrata a partir del género de la autobiografía, allí donde Groucho hizo reír hasta a los espejos.



El modo en que Groucho Marx dejó un testimonio escrito de su vida podría perfectamente servir como ejemplo de lo que Julián Barnes definió alguna vez como la clave del género autobiográfico. La autobiografía, dice el escritor y crítico británico, nunca se resuelve en la acumulación de hechos comprobables. De lo que se trata en realidad es de la creación de un sentido capaz de unirlos aún si algunos de esos hechos están inventados. En otras palabras, una buena autobiografía no intenta recordar todo lo que pasó, y ni siquiera intenta recordar la manera en que lo que pasó realmente pasó. Lo que una autobiografía intenta es su protagonista es más inteligente que cuando es sumergir al lector en los tonos, en las perspectivas y en las interpretaciones que giran alrededor de quien se ha propuesto recordar nada menos que la trayectoria de su vida.

En el caso de Julius Henry Marx, el único hombre que durante el siglo XX—el siglo de Stalin y Mao—logró añadirle una indeleble nota cómica a la palabra “marxismo”, son un mapa de quién intentó verdaderamente ser—e incluso de quién

pudo haber sido—Groucho Marx antes que un simple museo de lo que le pasó.

Sin ir más lejos, respecto a su verdadero nombre, Julius Henry Marx, es Groucho el que escribe en *Groucho y yo*: “Mi segundo nombre es Henry a causa del apego sentimental que mi madre experimentó por un billete de cinco dólares que le había prestado mi tío Henry. Al cabo de un tiempo, tío Henry comprendió que sacarle sangre a un ranbito era un juego de niños en comparación con el esfuerzo que haría falta para recuperar sus cinco mangas”. Desde ya, es en el ejercicio “detectivisco” de corroborar qué tanto de cierto tienen estos hechos—y, por supuesto, en su nula capacidad para describir el evidente humor en la voz de Groucho—que un descubrimiento más bien insustancial como que aquel segundo nombre no tenía nada que ver con un préstamo (sino

con un tío de nombre Henry) se desmuda al leer las 500 páginas de *Groucho, una biografía*, escrita por el periodista Stefan Kanfer: “Lo llamaron Julius Henry en honor a dos tios: Henry, el hermano menor de su madre Minnie, y más importante, Julius Schickler, el segundo marido de su hermana Hannah”. La lección está a la vista: los nombres y las circunstancias centrales coinciden, sin embargo, el sello cómico del autobiografiado es incompatible con la fría objetividad del biógrafo. Establecido este punto, la verdadera pregunta, por lo tanto, ya es otra: ¿cuál de estos dos formatos con los que se pretende narrar el cauce de una misma memoria es más valioso para conocer al mismo hombre? ¿Es más interesante conocer la verdad o es más interesante conocer la realidad?

Por otro lado, el detalle de que Julius Henry Marx y Groucho hayan iniciado un largo vals de entrecruzamientos y miscaracterización años después, ¿no alberga una sola línea biográfica o autobiográfica no es menor. Porque, ¿quién es Groucho? No solo el nombre célebre en la historia del cine de Hollywood, ni la figura icónica del cigarrero entre los clientes, ni nada más que el autor

de frases como “puede que parezca un idiota y hable como un idiota, pero no se engañe, realmente es un idiota”. Groucho es, sobre todo, el personaje descontrolado, absurdo e incluso *demoníaco*, según los más variados críticos, que aún en una versión hecha de palabras se presenta ante el mundo para contar la vida del cuerpo que habita en Julius Henry Marx. Y es en esa batalla entre lo que alguien es y lo que alguien *imagina* que es que la autobiografía coloca otra vez en escena un conflicto que, desde el título mismo de *Groucho y yo*, no deja de conceder ciertas ventajas estratégicas. Un instante típico de la diferencia entre el personaje que encubre a la persona y la persona encubierta por el personaje está también en la disputa sobre el origen. “No estoy seguro de cómo me convertí en comediante o actor cómico. Tal vez no lo sea. No vale la pena discutir sobre esto. En cualquier ca-

so, me he ganado la vida muy bien durante muchos años, haciéndome pasar por uno de ellos”, escribe Groucho (¿o Julius Marx?) en *Groucho y yo*.

Al mito de la creación de Groucho según Groucho, un recuerdo que empieza entre misérrimos callejeros recién llegados a Nueva York desde los márgenes de Alemania y una madre, Minnie Schoenberg, que inculca lo que Stefan Kanfer llama “el talento para entretener” hasta que un Groucho aburrido de “estudios que le parecían completamente inútiles” encuentra un anuncio en el que se pide “un muchacho cantante para protagonizar número de variedades”, la biografía propone el sello lineal de lo fáctico. “Groucho”, en principio, no era más que el nombre de un personaje en una historieta—*Sherlock, the Monk*, de donde salieron los apodos de todos los hermanos Marx—y fue a instancias de los planes escénicos de su propia madre que bajo el nombre inicial de “Los Hermanos Marx y Cía” los hermanos empezaron con espectáculos marginales de vodevil en el que cantaban juegos de palabras y parodias. Hasta que George S. Kaufman “les dio el refinamiento y la profesionalidad de los que carecían” hasta la película *Los cuatro ocos*, de 1929.

El punto en el que autobiografía y biografía coinciden, finalmente, no es otro que la certeza de que hay vidas cuyos testimonios merecen nuestra atención. Y en eso el propio Groucho coincide con cualquiera de quienes hasta intentado con mayor o menor talento contar la intimidad de su vida. Respecto a esto, es Groucho quien exhibe sus propios reparos frente al editor de *Groucho y yo*: “Schor, no creo que mi vida privada importe al público. No escribo confesiones verídicas para una de esas revistas que llevan nueve anuncios distintos para la vida de la Gran G y se divierte de cinturones eléctricos, ni escribo uno de esos libros en los que el protagonista es un borracho empedernido durante treinta años y luego explica cómo ha encontrado a Dios, a los Alcohólicos Anónimos, a ambos”.

Guaqueyguichí será sede entre el 15 y el 17 de este mes a X Edición del Encuentro Internacional de Escritores del Mercosur, donde se presentará la *Antología del humor* y los organizadores esperan albergar a dramaturgos locales y de países vecinos bajo el eslogan "Unidos por la palabra escrita". La apertura oficial de esta décima edición será el sábado 16 en el Club Recreo Argentino. "Durante 10 años

estos encuentros han hermanado a países y ciudades argentinas. A través de la palabra, casi mil voces de escritores han enriquecido nuestra cultura", destacó a *Telam* Muriel Sturz, vocera de la Sociedad Argentina de Escritores filial Guaqueyguichí, entidad organizadora del evento. El Encuentro ha sido declarado de interés por el municipio y también por el Senado de la provincia.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 7 DE SEPTIEMBRE DE 2017 ■ SLT.TELAM.COM.AR



## CONTRATAPA

→ JUAN PABLO BERTAZZA

# La risa del soldado Švejk

Más allá de las recurrentes lecturas de Kafka y Kundera, quienes por distintas razones mantienen relaciones conflictivas con su lugar de origen, la literatura checa depura obras geniales como *La aventura del buen soldado Švejk* de Jaroslav Hašek que hace no muchos años se tradujo directamente del checo al español, es decir, sin hacer pedo de esas ediciones en otros idiomas, y cuya mejor edición probablemente sea la de Galaxia Gutenberg.

Este libro es una extraordinaria novela en la que Jaroslav Hašek se vale del humor, la sátira pero también la poesía y una acaudada técnica narrativa para ridiculizar mediante personajes como el propio Švejk, el capitán Katz y el teniente Lukáš a un mundo en decadencia, ya a un mundo en peligro de extinción que es el del imperio austrohúngaro, plagado de miserias y contradicciones.

En 1914, en la ciudad de Praga, se respira un ambiente prebélico, y en ese contexto, le comunican a Švejk que asesinarán a Fernando. Con su característico semblante agudamente ingenioso, de cachetes inflados y ojos de cordero, Švejk responde que solo conoce a dos Ferlandes: un farmacéutico y otro que junta caca de perro. Pero, por supuesto, ni siquiera se le pasa por la cabeza que, en realidad, le están hablando del atentado contra el archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo, desencadenante de la Primera Guerra Mundial.

Estraña mezcla de Quijote con lazarillo de Tormes, sin ese dejo de artificialidad del monomelic Bartleby pero con algunas resonancias pantagruélicas, la preocupación de Švejk, pasará por convencer a los otros de su simpleza (por decirlo de algún modo) a punto que, en momentos donde su idiotez es puesta en duda, es capaz de gritar: "La comisión me declaró oficialmente idiota, soy un idiota oficial". Y en el medio decidirá alistarse al ejército austrohúngaro sin que se entienda por qué.



Jaroslav Hašek  
La aventura del buen soldado Švejk

Nacido en Pagra el mismo año que Franz Kafka, Jaroslav Hašek (1883 - 1923) creó una de las obras inabundables entre los clásicos de la literatura humorística, donde la estupidez de un soldado "constituye una conducta ambigua que roza la genialidad y descansa en un absurdo capaz de volver posible ese viejo sueño de despertar carcajadas entre los lectores".

### Sobre la estupidez

A pesar de que en cuatro años se va a convertir en una obra centenaria, la novela tiene una tremenda actualidad. Quizás por contraste, quizás porque en tiempos donde todos quieren parecer inteligentes y felices, la estupidez de Švejk que, aparentemente, solo lo conduce a la resignación, la obsecuencia y la pérdida de la dignidad, constituye una conducta tremendamente ambigua que roza la genialidad y descansa en un absurdo capaz de volver posible ese viejo sueño de despertar carcajadas entre los lectores.

Cuando una comisión de médicos intenta hacerle algunas preguntas para evaluar si su estupidez es genuina o no, el soldado Švejk contraataca: "pero ahora, señores, a mí también que gustaría proponerles una adivinanza: hay una casa de tres pisos y en cada piso hay tres ventanitas. El tejado tiene dos charaboyos y dos chimeneas. En cada piso hay dos inquilinos. Y ahora díganme, señores, ¿en qué año murió la abuela del portero?".

Como toda obra de humor, la risa por momentos descontrolada que provoca esta novela, nos pone sin que nos demos cuenta frente al abismo, como cuando leemos que la paradoja de que "si todos los hombres tuvieran buenas intenciones pronto se matarían unos con otros".

Švejk es de esos personajes que crean un puente magnífico con su propio autor a partir de una serie de coincidencias como el hecho de que ambos se ganaron la vida vendiendo perros perdidos o robados, y falsificando a veces su pedigrife para sacar más dinero.

### El autor, el espejo

Jaroslav Hašek nació el 30 de abril de 1883 en Praga, en el entonces Imperio austrohúngaro. Desde muy joven fue internado en un manicomio luego de intentar suicidarse. Ya en el psiquiátrico Švejk propone una especie de apología del encierro, accio similar a lo que pensaba su propio autor: "No sé por qué los locos se enojan cuando los encie-

ran. Ahí uno puede arrastrarse desnudo sobre la hierba, aullar como un chacal, bramar y mordear. Si uno quisiera hacer eso en cualquier otra parte la gente se exaltaría, pero ahí es algo natural. Los pocos días que pasó en el manicomio cuentan entre los más hermosos de mi vida".

También al igual que su autor, Švejk combatió en la Primera Guerra Mundial, donde además de convertirse en bigamo casi sin querer queriendo, supo extraer de su experiencia, personajes, detalles y acciones que incorporó en esta novela en la que parece burlarse de la guerra. Cuando volvió del campo de batalla, al encontrarse que su país ahora se llamaba República de Checoslovaquia, Hašek se puso a escribir con muchísima decisión las aventuras de su soldado que le dieron fama, dinero y un glorioso posición en la literatura centro europea.

Si la de los bares y pubs es una verdadera tradición en la literatura checa, Hašek no solo abrevó literalmente de los chistes, bromas y diálogos que se reproducían en esos sitios con alto contenido de alcohol en sangre sino que, además, fue el hábitus más famoso de los bares de Praga.

Como a su manera lo fueron los escritores que supieron ser transversales a la agrietada oposición de Florián y Boelco, la literatura de Hašek (alguna vez dijo que "los hombres proponen y los bares responden"), fue y es leída con mucha sol tanto en el ámbito intelectual como entre los últimos borrachos, quizás porque el autor supo poner un grabador sensible a esos bares de Praga para immortalizar eso que se dice cuando ya nada importa.

### La risa, el asombro

En cuanto a su estructura, la novela está dividida en una serie de anécdotas que terminan desviando las acciones principales en una especie de laberinto lleno de atajos y callejones sin salida que despiertan tantas risas como asombro. La que sigue la cuenta el propio soldado Švejk: "Hace algunos

años, en la ciudad de Svitava, había un jefe de estación que se llamaba Wagner que era un ogro con sus subordinados y los martirizaba tanto como podía, pero sobre todo se ensañó con un guardián, un tal Jungwitz, hasta que el pobre no pudo soportarlo más y se ahogó en el río. Sin embargo, antes escribió una carta al jefe de estación diciendo que él desplegaría el arte de su magia para que el jefe de estación viera fantasma a la noche. Y una noche que el jefe de estación estaba sentado delante del telégrafo sonaron las campanas y recibió un telegrama: "¿cómo estás, siemprevergreen? Y así todo la semana. El jefe de estación envió telegramas a todas las estaciones preguntando al fantasma: "perdóneme Jungwitz". Y a la noche siguiente el aparato le dio esta respuesta "cuélgate en el semáforo que hay junto al río". Y el jefe de estación obedeció. Al final detuvieron al telegrafista de la estación anterior a Svitava". Las anécdotas en cuestión no suelen tener moraleja ni explicación y, en este caso, concluye con un enigmático desenlace: "Ya ve que hay cosas entre el cielo y la tierra de las que nosotros no tenemos ni la más mínima idea".

Adelantándose casi un siglo a quienes hoy defienden el uso de las malas palabras, el autor escribió en el epílogo a la primera parte de este libro: "La vida no es una escuela de delicadeza y cortésia, cada uno habla como puede y esta novela no es un manual de comportamiento aristocrático de salones que enseñe cómo expresarse en la alta sociedad sino un retrato histórico de una época determinada. Si es preciso utilizar alguna palabrota de uso corriente, no dudo en hacerlo. Esperando de otro modo o poner palabras suaves para el oído haría la más estúpida de las hipocresías. Las palabrotas se usan hasta en el Parlamento. Los hombres que se sorprenden al leer un exhuberante no son sino unos cobardes, porque lo que les sorprende es la vida real".